

Domingo Melfi

BLEST GANA Y LA SOCIEDAD CHILENA ⁽¹⁾

UN día de Julio de 1850 atravesó pausadamente el portal de Sierra Bella, un joven de regular estatura, de ojos negros, pensativos y melancólicos y que llevaba impreso en el rostro ese aire romántico, un poco triste, que era no sólo el signo de la época sino, además, el fruto de largas y duras pobreza. Su andar como indeciso, revelaba desde luego al joven que acaba de llegar de una provincia. «Vestía pantalones negros, embotinados por medio de anchas trabillas de becerro a la usanza de los años 1842 y 1843, levita de mangas cortas y angostas, chaleco de raso negro con largos picos abiertos, formando un ángulo agudo, cuya bisectriz era la línea que marca la tapa del pantalón: un sombrero de extraña forma y unos botines abrochados sobre los tobillos por medio de cordones negros.»

En sentido contrario atravesaban el portal dos jóvenes elegantemente vestidos, con levita azul, botones dorados, pantalones gris perla y corbatines de seda que ahorcaban sus cuellos enhiestos sobre los cuales se balanceaban unas cabezas altivas y desafiantes. Los ojos de estos elegantes que iban del brazo,

(1) Leído en la velada en conmemoración del Centenario de Blest Gana, en la Biblioteca Nacional.

parecían haber condensado toda la energía y el donaire de los que nada temen al voluble destino. Cuando pasó el hombre solitario, uno de ellos, oprimió el brazo del otro y lo obligó a volverse, al tiempo que le decía:

—La provincia... Francisco.

—¿Tú crees?—observó el otro.

—No hay más que verlo... Mañana puede ser de los nuestros... Tiene simpatía...

Y siguieron avanzando por entre los grupos que se apretujaban junto a los baratijos del portal.

Aquel hombre solitario era Martín Rivas, el héroe de la clase media. Los paseantes que habían cruzado con él, Francisco Bilbao y Santiago Arcos. Unos corrían sobre la realidad misma; el otro había escapado de la imaginación del creador. Vivía ya en la mente del novelista, pero le dejaba salir de su cárcel cada tarde para que vagara por las calles de la soñolienta ciudad. No se conocían ni era preciso que se conocieran. Más tarde se encontrarían en las tumultuosas sesiones de la Sociedad de la Igualdad, y acaso juntos librarían los combates por una libertad imposible. Soplaban en ese tiempo un aire de fronda, y muchos personajes de Blest Gana discurrían al atardecer, junto con los pipiolos que andaban sueltos, burlándose de la terrible autoridad. Santiago estaba lleno de románticos y de embozados con algo de Girondinos y a veces por las calles más desiertas se oían unas voces temblorosas que prolongaban las arias de Lucía, ópera que habían cantado hacía poco Rossi y la Pantanelli.



Blest Gana era hijo de un hombre liberal, y desde la adolescencia había bebido la razón de esta nueva manera de novelar tan distinta del sistema en uso. El Dr. Blest además de sus copiosas lecturas, tenía la

prosapia del liberal británico. Había revolucionado, como dice Vicuña Mackenna, las leyes y el espíritu de la medicina. Era natural que el hijo, a su vez, revolucionara los métodos literarios en la expresión de la realidad autóctona. Para Blest Gana existía una realidad chilena, superior en contenido a la que describían los libros europeos entonces de moda. Con una sonrisa cazarra había mirado por encima del hombro a los románticos trasnochados que bebían en Víctor Hugo, en Byron, en Dumas y haciendo sonar sus espuelas criollas había arrojado el lazo a las circunstancias chilenas, a las costumbres y a los tipos. En los zaguanes oscuros de las viejas casas coloniales, había sorprendido entre el aleteo de las sombras, la vida primitiva y sencilla de los santiaguinos. No necesitó empinarse mucho para descubrir el tesoro que encerraban: a su alcance estaban todos los elementos de creación: hombres y ambiente, pasiones simples, elementales, el campo y la ciudad, la historia y la vida. Conocía profundamente la sociedad de su tiempo y la describió con un colorido y una frescura inimitables.

Queremos una cosa nuestra, una literatura nuestra, había dicho Lastarria, algunos años antes, en su célebre discurso de la Sociedad Literaria. Todo lo que nos rodea en punto a interpretación artística, está virgen. No más imitaciones europeas. Todo era, es cierto, informe y vago. Faltaba la expresión, la síntesis, en la pintura, animada, viva y orgánica de la sociedad. La literatura tomaba la forma de las alternativas violentas de las luchas. En los días de la emancipación montó a la grupa de los guerrilleros. Se hizo terca y turbulenta. Más tarde entró en las asonadas políticas y revolucionarias. Pero aun no definía su perfil. Bajo la montura de los revolucionarios atravesó las alamedas y los valles y se asomó al borde de los barrancos. No tenía tiempo para contemplar el

paisaje y observar a los tipos. Estuvo debajo de los códigos, en el fondo de los calabozos, en la violenta oratoria de los tribunos, en el centelleo de las espadas. Cruzó alternativas duras y difíciles. Sufrió influencias considerables. De 1830 a 1850 irrumpe la tolvana romántica o lo que es lo mismo la pasión de la libertad.

Había que construir un país. Forjarlo a despecho de las sangrientas asonadas. Había llegado la hora del fervor democrático contra la cerrazón pelucona que imponía un terrible sentido a la realidad política. Los poetas eran tribunos. Los héroes eran los hombres que enarbolaban principios liberales. Una generación entera de historiadores, mostraba a la juventud, en el pretexto de sus investigaciones, la tragedia del despotismo, de la tiranía, de la persecución política, del caudillaje que la emancipación había dejado como herencia en todas las repúblicas americanas.

Este período coincide con el afianzamiento político. Está penetrado por las corrientes románticas, por las doctrinas de los revolucionarios franceses que comienzan a llegar al país, por los primeros intentos tímidos de novela, cuento y drama. Es una etapa de historiadores más que de artistas, de políticos y de tribunos más que de creadores literarios. La política no sólo absorbe todos los intentos de creación sino que muestra a los intelectuales, como único camino del éxito, la intervención en las revoluciones. Y éstos no vacilan. Los escritores y poetas son luchadores. Desde el salón en donde han rimado fugaces penurias románticas corren a la tribuna y a la asonada callejera. Uno que otro surge y permanece.

En las pausas que se abren entre las revoluciones sangrientas, los destierros y las persecuciones, los tipos salen de las casonas coloniales, dejan otros las provincias e intentan un tímido avance hacia la capital. Salen los labriegos al medio de los caminos y a

lo largo de las alamedas. que cruzan los pequeños valles en los que aun resuena el turbión revolucionario. Los pueblos, las costumbres los personajes parecen como seguros de sí mismos, como si tuvieran la evidencia de que alguien se acerca para darles la vida inmortal de la interpretación artística. Van todos en busca del novelador.

Y he aquí que el novelador estaba entre ellos, había salido también al camino, con todos los arreos del criollo, con un don magnífico de observación, con una suave sonrisa irónica entre sus ojos chispeantes y vivos. Había comprendido la pasión de su raza. No era político. No había participado en las revoluciones. Su destino era otro y justamente, es su destino y su pasión y su adivinación y su inmortalidad lo que en este momento celebramos.



Una noche en la tertulia familiar, el Dr. Blest había pronunciado unas palabras sencillas y puras a los hijos todavía adolescentes.

Presidía aquella tertulia la gran mujer hermosa, de cuello blanco y matronil, con su aire entre romántico y pausado. El aire de las mujeres de esta tierra que parecen ensimismadas y al mismo tiempo con un ritmo exacto, casi rígido, en el que palpita la llama trémula del amor apasionado y de la abnegación heroica.

—Este país—dijo—necesita de hombres que sepan sacrificarse por él. El pueblo está abandonado y hay que ayudarlo, porque la tierra es hermosa y bien merece que en ella no se sufra. Deben Uds. amar esta tierra, y si alguna vez el destino los lleva lejos, nunca deben olvidarla... .

¡Nunca! ¿La olvidó acaso alguna vez el que tan alto debía colocarla por la expresión del sentimiento

y de la interpretación? Seguramente pocas veces se ha dado el caso de un hombre que alejándose de ella por tantos años, haya sabido mantener vivo, en actitud de llama enhiesta, el fervor indestructible hacia su rincón nativo. Y que es la obra de este escritor sino un canto a la tierra? La cantó en el conocimiento de sus contradicciones, en la pintura de sus defectos, en las costumbres típicas, en el carácter de sus pobladores, en la criolledad viva, como patente, en todo lo que servía para singularizarla de los demás países.

Tenía Blest Gana toda la penetración del novelista de raza, puesto que no hizo cátedra del libro sino que se limitó a describir, a pintar lo que había visto y sentido. No creó personajes destinados a probar tal o cual tesis, ni creyó que el arte debía servirle para otra cosa que para demostrar que su país era materia tan novelable como otro cualquiera. Tan sencillo era su espíritu de novelador que nunca se encuentra la nota complicada, que él hubiera podido extraer de los novelistas franceses, especialmente de Balzac, al que sin duda, quiso seguir en la historia de las costumbres como método para dar a conocer o aprisionar la evolución de un pueblo. El comprendía que esta sociedad del siglo XIX era simple, patriarcal, apenas sobresaltada por el ritmo de las costumbres nuevas que empezaban a filtrarse en ella. Orgullosa lo era porque heredaba un patrimonio secular sobre un pueblo sumiso y fatalista, Y, sin embargo, nótese, como en Blest Gana es el pueblo el que agita sus grandes cuadros, es la masa—por primera vez entran las masas en la novela americana en la epopeya *Durante la Reconquista*—. La masa que ondula, todavía fragmentaria, que deja escapar esos hombres del pueblo, astutos, socarrones, ingeniosos, fértiles en recursos y que simbolizan la energía, la fuerza de los países sanos y juveniles. Luego el valor temerario, la pujanza, el odio contra toda opresión, la violencia cuando ésta

sirve para destruir privilegios, el frío dominio sobre la muerte, como en ese Mayor Robles de *Durante la Reconquista* a quien no le van a meter cinco balas teniendo los ojos vendados y al que nadie le arrancará sus charreteras como no sea él con sus propias manos.

Para Blest Gana existía su país. Si un novelista no demuestra que su país existe, es seguramente un novelista pasajero. La intuición de Blest Gana fué una cosa maravillosa. La historia política estaba haciéndose, estaba calentándose al rojo blanco de las revoluciones, era todavía embrionaria y confusa, y ya surgía el historiador de las costumbres. Por lo menos esa serie de novelas que debían tener un carácter de continuidad y de grandes cuadros cíclicos, sostenidos por la espina dorsal de la tierra, revelaban que había una fuerte nacionalidad digna de ser encerrada en miles de páginas evocadoras. La novela sigue a la formación de un pueblo, puesto que ella refleja la existencia de una sociedad estructurada. La novela tiene algo del fruto. Los pueblos maduros en el proceso de su evolución arrojan de sí como el árbol, la maravilla de la pulpa sazónada, el gran fruto, que es la novela.



¿Qué quería hacer Blest Gana con ese tímido héroe de la clase media que hemos visto atravesar una tarde de Julio de 1850 el Portal de Sierra Bella? Martín Rivas cuenta entre las obras más típicas de Blest Gana. Expresa la síntesis de un problema social que novelistas posteriores han estudiado en todos sus aspectos. Pero es preciso comprender lo que entonces encerraba de audaz una concepción novelesca semejante. Blest Gana no era hombre de prejuicios, no hacía concesiones al medio, no renunciaba a sus prin-

cipios liberales cuya firme herencia ya sabemos de dónde provenía.

Fijaba en el héroe, desde luego, la cifra y el sello de una clase social desamparada y sin firme orientación. Su pupila sagaz había penetrado en la médula de una porción social que estaba destinada por la evolución histórica a ser la base de la nacionalidad futura. Martín Rivas había llegado a Valparaíso sobre la cubierta de un buque. Era un joven pobre y tímido, que abandonaba su obscuro rincón de provincia para tentar fortuna en la capital. Es decir, era el símbolo de miles de jóvenes que en la política, en la cátedra o en las profesiones debían transformar la fisonomía rígida de la sociedad chilena. Recogió, pues, este héroe las aspiraciones y las esperanzas de los espíritus juveniles que se oponían al duro broquel del peluconismo. La época de luchas en que vivió Blest Gana, de tanteos y de heroísmos, de nacimiento de las ideas democráticas, de batallas contra la aristocracia conservadora, movieron su pluma para dar vida a este héroe perseverante, tenaz, modesto, que no tenía más armas que su talento personal y que debía vencer los prejuicios de una casta y abrir el hermético corazón de una joven de orgullosa estirpe.

Blest Gana no ignoraba que ese triunfo era un desafío a las ideas reinantes, a los prejuicios que entonces eran más duros y más espesos que hoy. Por primera vez un escritor chileno, un novelista, hacía la apología del hombre humilde y lo llevaba, después de sucesivos obstáculos, y de luchas con el medio, al logro de sus ambiciones. El tipo era una excepción singularísima, colocado en ese medio de cerrazón aristocrática y su triunfo debía constituir un estímulo poderoso para los innumerables soñadores de provincia que se aprestaban a la lucha por la vida. ✓

El ambiente estaba por ese tiempo impregnado de doctrinarismo, de aspereza y descontento. No hacía

mucho que Bilbao había detenido con un gesto romántico, muy propio de la época, a la puerta del cementerio, el cadáver de Infante el tribuno de las ideas avanzadas para franquearle el paso a la inmortalidad y había pronunciado una breve arenga que era un desafío a la sociedad pelucona. Simbolizaba la protesta de todos los espíritus revolucionarios que por lo demás iban a ser muy pronto batidos por la autoridad omnímoda de Montt. «Pipiolos despreciables» había dicho quince o veinte años antes, el Ministro Portales, echándose con donairoza elegancia, el embozo de su capa castellana sobre su rostro pálido y enérgico.

Pero todo esto pertenece ya al dominio de la historia. El procedimiento mismo de Blest Gana para seguir el juego de las pasiones de sus personajes centrales, es, en esta novela, como el del rumbero de las selvas que tantea las posibilidades para avanzar en la maraña del bosque. La pasión no brota impetuosa en los corazones puestos en juego. Procede lentamente, con cautela, midiendo cada paso. Es el procedimiento de la perseverancia, de la tenacidad. Empieza por un rechazo rotundo de la mujer, para entrar de seguida, en el camino largo en cuyo término clarea el amor. Es justamente el procedimiento más lógico para esa época, pero es también el mismo, porque la sociedad tarda en modificarse, que van a seguir más tarde los novelistas chilenos, herederos de Blest Gana, que aborden idéntico asunto. Penetración lenta y paciente de una clase social en otra, conquistándola por el amor o por el dinero.

La herencia liberal de Blest Gana como hemos dicho, está latente en esta novela. Es probable que la influencia de Balzac sea en esta obra más fuerte que en otras. Por lo menos la influencia del tema. Los héroes de Balzac son voluntariosos y enérgicos y algunos proceden de clases sociales inferiores. Llegan al

centro de la nobleza, por la impetuosidad que sólo comunica el talento o la astucia. Balzac eleva a la categoría de un rito esta pasión del hombre que salta todas las vallas, para fijar su destino en un medio social antípoda, sin vacilar un instante. Son los conquistadores de una sociedad hermética, que rompen y destrozan los moldes envejecidos, que acechan los instantes propicios, que se valen de todos los medios para llegar al fin que se han propuesto. Nada los contiene porque la razón suprema del éxito consiste en apretarse el corazón o en mantener en tensión angustiosa como una cuerda, la voluntad vital.

Pero el medio en el que Blest Gana colocó a su héroe, no era ciertamente el medio parisién. En esto fué siempre, como hasta el último día de su vida de novelista, un espíritu equilibrado y consciente. Los elementos eran diversos y la sociedad otra completamente distinta a la que Balzac había tomado por modelo. La época de Martín Rivas era simple, un poco romántica. Las comunicaciones difíciles, las industrias escasas, el comercio sin gran desarrollo. La vida social ceremoniosa, interior, sin efusión para quienes no pertenecieran a las tribus del abolengo o de la riqueza. Se iba de un punto a otro en carruajes lentos, devorando caminos polvorientos y abruptos, a lo largo de las grandes haciendas en las que aun persistía la encomienda. Gravitaba un espíritu cerrado y adusto, que definía con neta separación las clases sociales. Ancho era aún el espesor de la Colonia, no abierto a pesar del ímpetu obstinado de una juventud turbulenta que había hecho la emancipación. Las provincias estaban abandonadas a su propia suerte y la existencia en ellas, monótona, gris, conventual. Como siempre, la capital era el centro y la vida, el corazón y el cerebro, la ciudad que resumía un poco la inquietud y el goce de vivir, por las compañías de óperas o de dramas, por las novedades que los veleros traían, a los puertos cerca-

nos, a duras penas, desde las costas lejanas de Europa, por los libros y novedades filosóficas del viejo mundo y que no todos podían saborear.

Comenzaba el afianzamiento, la obra de la solidificación del Estado político, después de los tumultos y motines militares. Todavía vagaba de la capital al puerto de Valparaíso, la sombra trágica de Portales. Sobre la tierra del camino aun rojeaba la sangre del ministro omnipotente. En las asambleas políticas y en la prensa comenzaban a entonarse cánticos a las ideas democráticas. Los Clubs secretos se llenaban de hombres jóvenes, de artesanos y de revolucionarios que voceaban doctrinas de justicia social. Entre ellos, un poco separado, casi en un rincón, tímido porque había llegado de una provincia, aparecía la figura melancólica de Martín Rivas.

Sin embargo, es preciso reconocer que Blest Gana no convirtió su novela en cátedra de propaganda. Le bastó presentar a la sociedad tal como la había visto a través de sus observaciones. En el hecho, la argumentación de un joven pobre que triunfa sobre una mujer rica y orgullosa era ya una notable ruptura con el medio, pero se cuidó de dar al libro el carácter de una tesis. No le interesaba sino novelar. No aspiraba a otra cosa, como él mismo lo dijo en una carta a Vicuña Mackenna, que

«a alejarse de los cuidados enfadosos de la vida lanzando la imaginación a un campo en que nadie pueda vedarnos los dulces frutos de la satisfacción intelectual.»

Y con la misma agudeza de observación presentó a la aristocracia y a la clase media, al siútico y al hombre del pueblo, a la dama orgullosa y al patricio, al soldado y al conspirador. Como ha dicho un estudioso de la obra de Blest. Gana (1), se mezclan en ella, el

(1) Fuenzalida Grandón.—«Blest Gana y el arte de novelar».



orgullosa patriciado de alcurnia, la modesta clase media, y el deprimido e inculto pueblo; desde el tejedor «energista», hombre de orden, el «crisista» ministerial, hasta el camaleón, tipo del parásito en política, arrimado siempre a la autoridad. Blest nos penetra en la intimidad de ese rico enjambre que bien conoce, de mancebos apasionados, estudiantes sin *chapa*, alegres calaveras; galancetes fatuos y redomados que enamoran con su traje y sus galicismos; ejecutivos tenorios del picholeo; Lovelaces en ruinas, viejos seductores de incautas y desvalidas; apuestos militares; cívicos entusiastas; sin que falten oficiales de policía que deslumbran con su uniforme, sus botones plateados y su sable. En este conjunto leve y artísticamente idealizado, nos muestra, con su genuina idiosincrasia colectiva e individual, cómo nace, crece y se mueve la «personajería» y se oye cómo piensan y creen, divagan y conversan, ríen, chismean las gentes de esa generación. Nos cuenta cómo vivían en sus casas y en las calles, cuarteles, claustros y mercados, cómo viajaban en birlocho y paseaban en carreta, cuales eran los guisos, confituras y golosinas servidos en sus mesas cuales los instrumentos que tañían y las coplas que entonaban; en qué vasos, jarros o potrillos vaciaban la chicha, la mistela y el ponche o *chincolito*; cómo vestían y requebraban en la artesonada sala y en la cuadra blanqueada, cómo jugaban a la malilla unos y otros a la brisca y al monte en naipes gastados; cómo seesteaban y dormían todo ello con propia e inconfundible fisonomía, con sorprendente y vivo realismo, en medio de exuberancias episódicas de tramas dobles y aun triples, de una inventiva amable, fecunda, con inagotable vena satírica y con un optimismo sonriente que casi no flagela el vicio, porque la filosofía allí desenvuelta es blanda y benévola por excelencia.



La obra de Blest Gana es la historia minuciosa de las costumbres del siglo XIX. Si hay historiadores máximos de su evolución política y de sus alternativas de gobierno, esta serie de novelas representan el más espléndido clima moral de una sociedad en el espacio de casi un siglo. No posee otro país de América hispana un documento de más auténtica calidad interpretativa. Blest Gana es el creador de la novela chilena. En el período en que comenzó con *La Aritmética en el Amor* el ciclo de interpretación de la vida nacional no aparecía en el área americana ningún escritor que pudiera comparársele. Novelistas de un solo libro, con fuertes influencias románticas, existieron en otros países. Y con posterioridad, el único que puede mencionarse, dentro del siglo por la importancia y la continuidad del esfuerzo novelador, por la intención cíclica, es el uruguayo Acevedo Díaz que noveló la gesta de la barbarie gauchesca y de la emancipación. Blest Gana intentó la historia novelada de la sociedad chilena y lo consiguió en gran parte, puesto que el desarrollo de las costumbres, las inquietudes y las alternativas de la evolución social quedaron aprisionadas entre esos dos paréntesis de alta tensión, que se llaman *Durante la Reconquista*, epopeya de los días difíciles y sombríos de la dominación española y *Los Trasplantados*, pintura admirable de la descomposición de las familias americanas en el ambiente de París. En el interior están los episodios que se conectan unos con otros, por la visión uniforme de la tierra, por la calidad humana y criolla de sus personajes, por la firmeza y continuidad del ambiente: *Martín Rivas*, *El Loco Estero*, *El ideal de un Calavera*, *La Aritmética en el Amor*.

A los 75 años de edad escribió *Los Trasplantados*. Había vivido cerca de cuarenta años lejos de su tie-

rra. No la había olvidado, conforme al voto paterno, en una lejana noche. La tenía viva en el corazón y por lo mismo que la sentía con la fuerza del criollo verdadero, volvió a evocarla en la tristeza del desarraigo y de la disgregación de esas familias que la fiebre del goce y la riqueza arrojaban sobre Europa. No ha salido de la pluma de un americano una sátira más punzante y al propio tiempo más dolorida contra los que olvidan su tierra y pretenden fundirse en sociedades que nada tienen de común con ellos. El diplomático había visto con exceso, pero el escritor comprendía que en esas transformaciones de las familias se operaba también la transformación de la sociedad que él había dejado, vigorosa y sana, aun en medio de las convulsiones revolucionarias, inevitables al fin, porque eran los síntomas de una vitalidad que buscaba el camino mejor para crear la nacionalidad.

Tuvo hasta el acierto, la intuición, la profundidad creadora del novelista para forjar ese tipo del hombre joven, Juan Esteban, hijo mayor de la familia que había quedado encargado para administrar los bienes en la pequeña patria abandonada. En ese personaje simbolizó el heroísmo silencioso y paciente de la tierra que seguía produciendo, mientras la familia, arrastrada por el torbellino de la gran ciudad, derrochaba el dinero y rompía los últimos frenos morales que la ataban al pasado.

La fiebre de riqueza y de placeres había desgastado todos los resortes. ¿Que eran esas familias sino los representantes de una sociedad que marchaba rápidamente a la bancarrota moral? Mientras la sociedad mantuviera sus tradiciones de sobriedad, podía estar segura que avanzaría firmemente en la construcción y en el afianzamiento del país. Pero la facilidad para ganar dinero, las especulaciones afortunadas, los grandes descubrimientos mineros y la explotación de los yacimientos salitrosales, iban a determinar una verda-

dera tempestad y un desorbitado impulso de goces. La tierra sería estrecha para contener el vértigo de las familias poderosas, nacidas unas en el choque de los intereses y obligadas las otras, tradicionales, a mantener el predominio sobre las que habían brotado por la riqueza en la facilidad de los negocios. Europa recibía con indiferencia y aun con burlias a estos nuevos héroes de América que llevaban sus talegas llenas de oro y que dejaban en los valles y montañas de los lejanos países semibárbaros, grandes minas con cuyo producto querían asombrar a la nobleza europea.

Se ruborizaban con el recuerdo de su tierra. La desconocían. El trasplantado se sentía superior al olvidado rincón y sin comprender las tradiciones de la tierra adonde había llegado, despreciaban las propias para entregarse a la disipación y al vicio. Con un grave y hondo dolor Blest Gana pone en boca de uno de los héroes de la novela estas palabras que son el más amargo reproche brotado de su pluma de escritor y de patriota amante de su tierra.

—«¿Ocuparme? ¿en qué?—dice Juan Gregorio—, nosotros los trasplantados de Hispano América no tenemos otra función en este organismo de la vida parisién que la de gastar plata... y divertirnos si podemos. Somos los seres sin patria. Hemos salido de nuestro país demasiado jóvenes para amarlo y nos hemos criado en éste como extranjeros, sin penetrarlo. Somos la espuma de esta gran corriente que se ilumina con el brillo de la fiesta parisiense y se va desvaneciendo como los globulillos de esa espuma sin dejar rastro de su paso.

Los trasplantados suceden a los trasplantados, sin fomar parte de la vida francesa en su labor de progreso, sin asociarse a ella más que en su disipación y en sus fiestas. Inútiles aquí e inútiles para su patria que miran con desdén. ¿Donde quiere Ud. que vaya un trasplantado a encontrar ocupación en este mundo que no lo

toma en serio y lo mira sólo como un contribuyente traído a su riqueza?

Nuestros padres, al dejar a su país para venir a educarnos a Europa con el ánimo de quedarse las más veces en estos mundos, nos condenan al ocio perpetuo, nos inutilizan para la vida de Hispano América. ¿Como quiere Ud. que trabajemos en estas condiciones? No pudiendo trabajar tenemos que ocupar nuestra actividad en divertirnos...»

Con un profundo conocimiento de la vida parisién y de las colonias de sudamericanos trazó los cuadros vivos y dolorosos de la psicología del trasplantado en su snobismo y en su libertinaje. Condenó el abandono de la tradición y de la sobriedad. Sintió que en esa colonia enloquecida de hispanoamericanos, que hacían tabla rasa de todos los principios morales, algo había que hacía dudar de las virtudes de la tierra. El había dejado hacía tantos años el rincón nativo y no podía quizá comprender este contraste entre una sociedad tradicional que respeta los grandes principios y esta porción de elementos que parecían vivir desconectados con la verdadera grandeza de la vida. Toda su obra anterior estaba destinada a probar que la tierra había producido seres fuertes y capaces de sobreponerse a las pruebas más dolorosas. Los había seguido durante la reconquista en su sagrado empeño de crear una nacionalidad, en sus pasiones soberbias y dignas, en sus luchas feroces contra la tiranía y la violencia de los déspotas; los había estudiado y exaltado en el amor y en la dignidad, creando héroes que triunfaban de los más orgullosos hermetismos sociales por su virtud y por su talento; los había visto encararse con la muerte; los había celebrado en su ingenio, en su nobleza, en la humildad, y en la desgracia y ahora encontraba los jirones deshechos, las virtudes acribilladas por el ocio y la mentira, sin vigor moral, sin sentimiento alguno de fervor por la tierra nativa, frívo-

los, derrochadores, víctimas de la corriente turbia que arrastraba por igual la dignidad de los hombres y la honra de las mujeres. Ningún eslabón sólido los unía a la tierra, que habían dejado, como no fuera el del dinero que esperaban recibir arrojándolo al vórtice del vicio. Si volvían el rostro hacia la patria era sólo para interrogar si los negocios prosperaban, nunca para saber como se desenvolvía la existencia del país en su línea progresiva. ¿Avanzaba el país o retrocedía? Retrocedía sin duda, puesto que el hijo o el hermano anunciaba en las cartas que los negocios estaban mal y no era posible enviar las sumas de dinero que exigían para sus placeres.

Esta sátira era como la última palpitación del novelista, viva y aguda en el dolor de comprender que esa sociedad que tanto había contribuido a enaltecer en sus creaciones novelescas, rodaba lenta y terriblemente el barranco de la decadencia. Su ojo avizor los había observado en la ciudad, en las recepciones diplomáticas, en los salones a donde llegaban con la prosopopeya de los arribistas, locos de placer, ciegos para la vida del espíritu, sólo pendientes de las exterioridades y de los efímeros triunfos. Qué inmensa distancia se abría entre éstos y aquéllos héroes que habían hecho la reconquista; entre éstos y aquel Martín Rivas sobrio y digno, entre aquella sociedad que no obstante las convulsiones y trastornos y a pesar de su fría sumisión a los principios autoritarios, sabía mantener la llama de la sobriedad y de la virtud en el hogar.

Su cabeza ya blanca se abatía sobre la última página de los «trasplantados», especie de profesión de fe de un creador, que a pesar de los años, aun erguía la potencia de su naturaleza vigorosa, para condenar en medio de sátiras y burlas, a una sociedad que había olvidado sus deberes y lo que es más amargo, *su tie-*

rra, digna de ser defendida y robustecida por el esfuerzo y por el trabajo.

El círculo mágico de esta existencia, fecunda e inagotable en grandes obras, se había cerrado. Nada de lo que ocurriera en su parábola de creador, pasado ese límite, podría compararse a la obra ya cumplida. Sus ojos iban a cerrarse. Su corazón latía en silencio, suave y calmadamente. No oía ya las voces cercanas de sus familiares. Pero la gran voz de la tierra, que tanto había amado, la gran voz que nunca había dejado de oír, en el recuerdo, en medio de la gran perspectiva que corría entre montañas y mares, continuaba llamándole en el profundo secreto de su naturaleza poderosa y le enviaba el soplo de su frescura y de su amor en los infinitos gérmenes del agradecimiento. Casi un siglo de vida había alcanzado cuando la gran cabeza blanca se inclinó sobre el pecho, y el último latido de su corazón voló hacia la tierra nativa.

Pero Blest Gana vive en la inmortalidad, porque encerró en sus libros una vida que no puede morir, ancha, tumultuosa y verdadera como la existencia misma.